

profesaban á Dios, no tenían otro sentimiento que el de la gratitud y veneración por todo lo que pertenecía al difunto bienhechor.

El día menos pensado un coche, y un numeroso convoy de criados paró en la puerta de la casa de Doña Guadalupe. D. Hernando se apeó y saludó con cierta superioridad que podía llamarse insultante. No era un viejo de fisonomía fresca y cándida como su hermano, sino por el contrario, unas mejillas hundidas y arrugadas, una frente amarillenta, unos ojos pequeños hundidos en sus órbitas, y casi cubiertos por unas cejas cerdosas y blancas, y una boca con sólo un diente amarillo, anunciaban, además, de una avanzada edad, un carácter duro y un genio agrio y suspicaz.

La madre que había formado otra idea del nuevo protector, casi se arrepintió en el fondo de su corazón de haberlo recibido en su casa. Trinidad sintió correr por su cuerpo un ligero calofrío, y ni aun se atrevió á alzar los ojos: en cuanto al joven Arturo, experimentó tal movimiento de impaciencia, que le dieron vehementes deseos de aplicarle un mogicón y echarle fuera el lúgubre diente que tenía en su desierta boca. No obstante esto, todos saludaron con respeto al recién venido, y con delicadas muestras de cortesía, lo condujeron á la habitación que le estaba prepara-

da y donde se improvisó un ligero refresco.

Sentóse D. Hernando á la mesa y rumiando unos bizcochos, y remojando el gajnate con unos tragos de vino, contestó á Doña Guadalupe las preguntas que le hacía con relación á su viaje, no descuidando de echar á Trinidad frecuentes é indagadoras miradas y de revisar de pies á cabeza al joven Arturo.

—¿Con que, esta es la niña de vd.? dijo, dirigiéndose á Doña Guadalupe.

—Una criada de vd., Sr. D. Hernando.

—¿Qué edad tiene?

—Va á cumplir dieciseis años.

—Es hermosa, y por mi parte tengo mucho placer de ser su protector.

Trinidad inclinó la cabeza y se puso encarnada.

—No hay que ruborizarse, muchacha, prosiguió D. Hernando, los pimpollos como tú necesitan de la sombra de las viejas encinas. Tenía yo noticias de tí, y he formado grandes proyectos para la felicidad de la casa.

—Gracias, Sr. D. Hernando, contestó Doña Guadalupe. En medio de mis infortunios bendigo la mano del Señor, porque me ha concedido generosos protectores y á medida que los ha llevado á su reino, me ha dejado siempre . . . .

—Espero, contestó D. Hernando, que

si Dios no dispone otra cosa, la felicidad de vdes. se asegurará. Soy rico, tengo valimiento y hasta unos títulos de nobleza se conseguirán para Trinidad y será marquesa ó . . .

—Mi hermana es bastante noble con sus virtudes, dijo Arturo, y yo espero que el Sr. D. Hernando . . .

—Vd. no tiene nada que esperar, sino que obedecer, murmuró con voz ronca D. Hernando. Vd., caballero, es un huérfano de la casa y ya pensaremos en darle á vd. carrera y proporcionarle una buena suerte: entretanto será muy conveniente que os advierta que cuando personas respetables hablan, un muchacho no tiene derecho ni debe ingerirse en la conversación.

—Señor . . .

—Os toca callar y os prohibo que habléis sin mi permiso. Desearía descansar, Doña Guadalupe, porque estoy algo fatigado. Más despacio arreglaremos todos los asuntos.

—Como gustéis, Sr. D. Hernando y sólo os ruego que perdoneis á mi pobre Arturo, es irreflexivo, pero en el fondo es un buen muchacho.

—Arturo es mi hermano, murmuró Trinidad y cualquier falta suya, seré yo la que sufra. . .

—Tienes más interés del que sería necesario en tu edad por ese joven, pero repít

que no tengo otra idea sino el que adelante en su carrera y para eso daré mis disposiciones; mas basta por hoy: buenas noches.

—Buenas noches, repitieron los tres personajes, saliendo de la alcoba y dejando al viejo apoderado de un grueso breviario, donde sin duda iba á rezar los salmos.

—¿Qué planes tendrá respecto á nosotros este D. Hernando? dijo Trinidad á su madre luego que estuvieron á solas.

—No sé, hija mía, no sé, y lo único puedo decirte es, que su aspecto me ha causado miedo y su genio dominante y altanero me pone en cuidado.

—Creo, madre mía, que este hombre trata de convertirse en un tirano, dijo Arturo, y una simple recomendación de D. Pedro no le dá ese derecho. Si lo hace por el legado, es cosa muy fácil, renunciaremos á él, y viviremos pobres, pero con libertad. Así, pues, mi opinión es que le digas que se marche y . . . ¿qué dices madre mía?

—Eres muy joven, y por consiguiente muy loco. Piensas, Arturo, que es muy fácil despedir así á un hombre del rango de D. Hernando y por otra parte sería una ingratitud. Es menester, pues, sufrir, al menos mientras no pase de ciertos límites.

—¿Y qué querrá hacer conmigo este hombre? replicó Arturo. Os advierto, madre mía, que yo no he de sujetarme á sus caprichos. Tengo veinte años, he hecho mi

carrera con honor y aplicación y por mí fe que no necesito de protectores altaneros. Y luego ¿para qué quiere que Trinidad sea condesa? ¡Oh!... Si Trinidad consiente, abandonaré la casa y jamás la volveré á ver.

La madre procuró calmar la inquietud de los dos jóvenes y todos se retiraron á sus aposentos á descansar. Por la primera vez en su vida, Arturo no pudo conciliar el sueño. Y en cuanto á Trinidad tuvo una horrible pesadilla, y lloró tanto con ese influjo mágico de la imaginación, que al día siguiente la almohada estaba empapada con sus lágrimas.

Respecto á D. Hernando, luego que quedó solo en su recámara, tomó, según hemos dicho, su breviario y quiso leer algunos salmos, pero le fué imposible, porque su imaginación estaba ocupada en cosas muy diferentes; así es que botó con impaciencia el libro sobre la mesa y comenzó á desnudarse. Frente de la cama había una gran pantalla con un espejo de cuerpo entero, y D. Hernando creyó observar en él alguna cosa como un esqueleto, como un muerto que se levantaba del ataúd. Un temblor repentino le asaltó, pero sacando fuerzas tomó la bugía y alumbró el espejo... La imagen que se retrataba no era otra sino la del mismo D. Hernando, pero tenía unos brazos tan largos y secos, un pecho tan en-

juto y unas costillas tan marcadas, que él mismo se engañó de pronto. Un gran rato estuvo contemplando su triste armazón, que pertenecía ya legítimamente al sepulturero y mientras tanto la imagen de Arturo con sus ojos negros, sus mejillas redondas y encarnadas y sus formas bellas y mórbidas como las de Adonis, se presentaba en su mente, así como el rostro angélico de Trinidad, con sus ojos azules y expresivos y sus delgados cabellos de oro. Puso con impaciencia la vela en la mesa, cubrió la pantalla con un lienzo para no verse y se metió en la cama.

—Estos muchachos deben amarse forzosamente. Se han criado juntos, son hermosos... ¡Oh! esto es terrible. Es menester que Arturo marche muy lejos, donde jamás vuelva á ver á Trinidad. Arrullado con esta idea, y con la esperanza de ser el esposo de la encantadora muchacha, se durmió nuestro católico y respetable amigo D. Hernando de Juárez.

En quince días D. Hernando no pudo hablar un instante con Doña Guadalupe, porque las visitas se lo impidieron. Luego que en México se supo la llegada del ilustre personaje de que nos ocupamos, los oidores, los inquisidores, el secretario del virreinato, los alcaldes ordinarios, el alférez real, y algunos títulos de Castilla, se apresuraron á visitarlo, y él por su parte tuvo

que corresponder cumplidamente á estas visitas. D. Hernando era rico hasta el grado de tener en su casa el dinero á granel, como si fuera maíz; era abogado, era viejo, y era hipócrita y fanático: esto, en los tiempos en que hemos colocado esta verídica historia, eran títulos más que suficientes para granjearse la estimación de la aristocracia mexicana.

D. Hernando, desembarazado de sus visitas, se dedicó á obsequiar á la familia con un esmero decidido. Compró espléndidos coches (si en aquel tiempo podían esas informes cajas ser espléndidas) y joyas de mucho valor (que sea dicho de paso, Trinidad advertida por Arturo, jamás quiso admitir)... y empleó cuantos medios le fueron posibles para conciliarse el cariño de sus huéspedes, hasta el de poner una cara risueña y afable, sacrificio terrible para un hombre de humor bilioso y altanero; cuando había pasado un mes y que creyó que encontraría más docilidad, reunió una noche á la familia y comenzó por hablar de la bondad de Dios y de los favores que le dispensaba sin merecerlo, y acabó por decir que había conseguido para Arturo una valiosa subdelegación en la Intendencia de Oaxaca.

—Sr. D. Hernando, contestó Arturo, os doy mil gracias; pero no admito vuestro favor: deseo concluir mi carrera, y no pien-

so separarme jamás de la que es mi madre adoptiva.

—¡Hola, señorito! ¿conque rehusais los favores?

—Los agradezco simplemente y no los admito, señor.

—Pero ¿supongo, caballero, que obedeceréis las órdenes?

—No reconozco nadie que pueda imponerme órdenes más que mi madre.

—¿Y si vuestra madre os lo manda?

—Obedecere.

—Haced vuestro deber, señora. dijo el viejo rugando la frente.

—Permitidme que os diga, D. Hernando, que cuando mi pobre Arturo me da una prueba de su cariño, yo no debo obligarlo á que se separe de mi lado.

—Ya preveía yo que había de haber resistencia de parte del señorito consentido y mal educado; pero ya pondremos remedio. Tomad, joven, y leed.

D. Hernando sacó un papel de la bolsa y lo dió á Arturo; éste lo leyó y se puso pálido.

—¿Qué tienes, hijo mío? le dijo la madre acercándose á él.

—Es una orden del virrey que me manda marchar al instante á...

—Los caballos y los criados están dispuestos, interrumpió Juárez.

—Bien pueden estar dispuestos; pero yo

no iré; no iré, contestó Arturo con resolución, intentando romper la orden....

—¡Atrevido! ¿qué haces? exclamó Juárez conteniéndolo. ¡Romper una orden, que es como si fuera del rey!

A esta palabra Arturo se contuvo é inclinó la cabeza. D. Hernando se acercó á su oído y le dijo: "Arturo, acabas de cometer un desacato y sabes ya poco más ó menos mi poder; así escoge, ó la cárcel esta noche, ó el empleo que te he conseguido."

Arturo se mordió los labios y dirigiéndose con serenidad á su madre, le dijo: me voy, madre mía; dadme vuestra bendición.

La madre lo bendijo y D. Hernando, procurando dar á su voz un tono suave, le tiempo estarás ausente y volverás sobre todo hecho un hombre.

Arturo salió del aposento y bajó la escalera; en el patio lo esperaban dos criados dijo: Ve, Arturo, hijo mío; muy poco con caballos.

En cuanto á Trinidad, á quien Arturo se dirigió una sola mirada y que había estado presente á toda esta escena, la encontraron pálida y desvanecida en un sillón.

## III.

Hoy sin duda, querido lector, Arturo no se habría marchado por sólo la voluntad de un viejo testarudo y la orden de un mandarín; mas es menester pensar en las costumbres timoratas y muchas veces ridículas de aquéllos tiempos, para calcular que nada violento hubo en que el joven se resolviera á partir como en efecto lo ejecutó. Seguido de sus dos criados atravesó rápidamente las calles de la ciudad, salió por la garita de San Lázaro, y siguió un largo trecho sin dar descanso á su corcel. Al fin tiró un poco de las riendas y volvió la cabeza. Se percibían con la claridad de las estrellas las masas negruzcas y confusas de las torres y cúpulas; por intervalos relucían algunas luces como unos fanales; pero poco á poco se iba perdiendo todo esto entre las sombras, y sólo escuchaba Arturo el viento que zumbaba en las copas de los sauces y los ladridos lejanos de algunos perros que parecían venir del océano de sombras que presentaban las llanuras que hay por esa parte de la ciudad. Embebecido en una especie de letargo, contempló gran rato Arturo esa lúgubre é imponente perspectiva; después sintió necesidad ó de platicar, ó de llorar, ó de comunicar su al-

ma á algúien que pudiese entenderlo; pero por primera vez de su vida se vió solo en la tierra, el pecho se le oprimió y un nudo vino á su garganta; así es que como no podía llorar, puso espuelas al caballo y echó á correr pensando que esto disiparía sus penas.

Antes de amanecer había llegado á un pequeño pueblo; mas no se detuvo, sino que siguió velozmente su camino hasta que los primeros rayos de la luz vinieron á disipar las tinieblas de la noche. Es una hora religiosa y sublime, y mucho más en el campo que se miran por grados desaparecer las estrellas, pintarse los horizontes de gualda y nácar, dorarse las cimas de los volcanes y ostentar su delicado verdor la yerbecilla del campo y los árboles del monte. Arturo sintió que ese dolor sordo que había oprimido su pecho se le disminuía, que sus ojos se llenaban de lágrimas y que al bendecir á Dios que había criado tantas y tan encantadoras cosas sobre la tierra, podía exhalar algunos suspiros, derramar algún llanto y consagrar unas memorias á su querida y amable Trinidad. Arturo dejó ir á paso lento á su caballo é hizo todo lo que va dicho, sintiéndose un sí es no es aliviado.

En su tierna edad Arturo se había criado con Trinidad; cuando tuvo más años se le puso en el colegio y se le dijo que no

era hijo sino adoptivo, pero sin privarle por esto que pasase los domingos y las vacaciones en compañía de su hermanita. Así Arturo había hecho una costumbre tal de ver á Trinidad y de darle un cándido abrazo y á veces un beso en la mejilla de nácar, que cuando por algún accidente no podía verificarlo, se ponía de un humor triste.

Después Arturo vivía diariamente en la casa, y este cariño de la juventud, esta amistad de veinte años, esta vida ignorada de amores se estrechó más y más, de forma que ni un sólo día podían dejarse de ver nuestros jóvenes; pero allá en el fondo de su corazón inocente jamás se figuraron que eso era amor, ni se persuadieron nunca que nadie en el mundo tuviese poder para turbar esa vida tranquila y dichosa como la del olmo y la yedra en medio de una selva solitaria. La madre estaba muy bien persuadida que los muchachos se amaban; pero lejos de encontrar en esto inconveniente, sólo esperaba que Arturo fuera licenciado para casarlo con Trinidad.

Una vez relatados estos antecedentes, fuerza es seguir al viajero. Detúvose en una choza del camino, tomó un corto refrigerio y siguió adelante; cada legua que caminaba le parecía un nuevo obstáculo que ponía entre él y su querida, y cuando perdió de vista el valle de México y vió

otros cerros, otros árboles, otros horizontes, su valor le abandonó, y soltando las riendas al caballo exclamó: ¡qué desgraciado soy! Después clavó las espuelas en los hijares del animal y prorrumpiendo en mil imprecaciones contra D. Hernando, se internó por el bosque. La idea de vivir solo lo ponía fuera de juicio. ¡Qué días tan monótonos y tan insípidos iba á pasar! No tendría todas las mañanas la mirada amorosa de los dulces ojos de Trinidad; las noches serían eternas; ¿con quién había de platicar de sus trabajos; á quién había de dar cuenta de sus adelantos, de sus esperanzas para el porvenir? Además, pensó que las intenciones del viejo eran tal vez las de sacrificar á Trinidad, y que la familia quedaba entregada á la voluntad de un tirano. ¿Pero cómo impedirlo? ¿Cómo un joven sin relaciones y sin valimiento podría emprender una lucha terrible contra un hombre del poder é influencia de Juárez? Después de revolver mil proyectos en su cabeza, se fijó en volver á México otra vez, implorar la protección de algunas personas y aun la del virrey mismo caso que circunstancias le obligasen á ello. Regocijado sobre esto y pensando hallarse dentro de breve tiempo en brazos de su madre y de Trinidad, volvió las riendas á su caballo y comenzó á caminar en dirección opuesta. A pocos pasos se encontró

con dos criados uno de ellos le impidió el paso diciéndole:

—Señorito: tenemos orden de nuestro amo el Sr. D. Hernando, de no permitir que os revolváis.

—¡Cómo! bribón, te atreves....

—A todo, hasta amarrar á vuestra merced y obligarlo á que por la fuerza vaya á donde nos dirigimos.

Arturo quiso arremter con el criado, pero éste le significó que tenía una orden para que las justicias le dieran auxilio, y que así no había otro remedio sino seguir adelante.

Arturo se mordió los labios y sin decir palabra siguió de nuevo el camino, aunque con más lentitud. Ya cerca de las oraciones de la noche llegaron á una venta.

Arturo tomó un ligero alimento y se retiró á descansar á su cuarto, pensando que puesto que el viejo había tomado todas sus medidas, él tomaría las suyas, para escaparse tan luego como le fuera posible. En esto estaba cuando entró el otro criado, que había permanecido indiferente en la cuestión.

—Parece, señorito, que vuestra merced no va muy contento, le dijo.

—Es la verdad, Pedro. Deseaba volverme para arreglar ciertos asuntos con mi madre y emprender mi viaje con tranquilidad.

—¿Y no tendría acaso el señorito otro interés?

—Ninguno otro, Pedro.

—Es decir, que el señorito quedaría muy contento si á su regreso encontrara que la niña Trinidad era esposa del señor D. Hernando?

—¡Cómo! eso sería imposible, exclamó Arturo con vehemencia levantándose del lecho.

—Nada tiene de imposible, contestó Pedro con calma. El señor D. Hernando deberá casarse pasado mañana, ó de lo contrario la niña Trinidad será encerrada en un convento, y la madre en un calabozo de la Inquisición.

—Pedro, Pedro, tú me haces delirar y si tratas de burlarte de mí, si tienes encargo de tu amo de atormentarme, te ruego que te vayas si quieres conservar tu vida.

—Lo que digo á vuestra merced, señorito, es mucha verdad; y si fuera posible que volviera, vería con sus propios ojos todas estas cosas.

—Pedro, ¿habría algún modo de que me escapara ahora mismo?

—Ninguno; el taimado de Marcos está muy bien pagado por el señor D. Hernando, y primero se dejaría matar que....

—Pedro, me parece que tú eres menos cruel que Marcos, y en tí pongo toda mi

esperanza. Mira: aquí tienes la mitad de esta bolsa para que discurras el modo de volvernos, y la otra mitad la tendrás luego que hayamos pasado la garita.

—Bien, señorito, muy bien; voy á dar mis disposiciones; descansad un poco y estad tranquilo, que á la media noche os vendré á buscar para que monteis á caballo.

Pedro se retiró y Arturo entre gozoso y meditabundo, se recostó en su lecho presa del insomnio y la fiebre.

Pedro cumplió su palabra, pues á cosa de las once entró al aposento.

—Señorito, todo está arreglado, ceñios esta espada, tomad estas pistolas y apresuraos, pues será menester matar los caballos para llegar mañana á buena hora á la garita.

—Bien, Pedro, muy bien, contestó Arturo levantándose y ciñéndose la espada; ¿cómo has podido engañar á ese bribón?

—De la manera más sencilla. Lo he convidado á cenar, le he hecho tomar vino mezclado con ciertos polvos.

—¿Lo habrás asesinado?

—Buenas ganas tenía; pero no he hecho tal: esos polvos lo harán dormir treinta horas seguidas; mientras tanto vd. acaso llegará á tiempo de impedir el casamiento, y yo tomaré las de villa-diego.

Encajóse Arturo las pistolas en el cinto,



y montó á caballo. Pedro dió á la rozilla ventera un expresivo abrazo y una buena propina, y amo y criado partieron rápidos como si caminaran en alas del viento.

## IV.

Mientras los dos personajes caminan por esas cuevas y montes, con la rapidez que dos fantasmas infernales, demos un vistazo en la casa de Doña Guadalupe, cuya tranquilidad se turbó desde el fatal instante en que D. Hernando puso los pies en los umbrales.

Cuando Trinidad volvió en sí de su desvanecimiento, se encontró en brazos de su madre, que á fuerza de caricias quería volverla á la vida. Todo cuanto había pasado á la muchacha le parecía un sueño. Por su parte lo mismo que Arturo, descuidada y tranquila con su propia felicidad, no creía que el mundo tiene reservados crueles dolores para el corazón, y mortales angustias para el alma. En lo de adelante ¿qué haría ella de las horas de su vida? ¿A quién haría participante de su inocente alegría? ¿Qué voz tan sonora y tan agradable como la de Arturo, alabaría sus bordados y sus costuras y quién como Arturo, se había de hincar de rodillas todas las noches para dirigir á Dios sus plegarias por

el descanso de su padre y por la conservación de los días de su madre? Decididamente iba á morir de tristeza, aislada entre las paredes de su casa, sin tener, excepto su mamá, quien se doliera de sus pesares. Y luego ¿cuánto tiempo duraría esta separación? ¿Cuáles serían las intenciones de D. Hernando? ¿Cómo podrían sustraerse del poder de un hombre que trataba de subyugarlas con su influencia y sus riquezas? Estas ideas volvían loca á la muchacha.

—Desde que ví por primera vez á ese hombre, dijo Doña Guadalupe, me dió un vuelco el corazón, y sentí no sé qué cosa tan desagradable que ni aun quiero recordarla. Ahora veo que van confirmándose mis presentimientos, y decididamente lo aborrezco tanto, como quería á su hermano.

—Casi otro tanto me ha sucedido á mí. He visto arrancar de mi lado á nuestro pobre Arturo, y esto me....

—¡Ah! ¡Arturo! ¡Madre mía! exclamó la muchacha con voz ténue.

—Dime, Trinidad, ¿querías á Arturo?

—Me preguntáis si le quería.... ¡Ah! Sí, y mucho; era tan bueno, nos amaba tanto....

—Nunca le podré olvidar ¿qué digo? no podré vivir sin él.

—¿Sabéis lo que hará ese D. Hernando? Decidme, madre mía, ¿por qué lo separó tan precipitadamente de nuestro lado?

—Nada sé sino lo que tú, hija mía; pero sospecho que tal vez le tendrá aversión y querrá tenerlo siempre lejos de aquí.

—En ese caso nos iremos á reunir con Arturo, él pertenece á nuestra familia, mientras D. Hernando es un hombre extraño.

En esto, una criada entró diciendo que el Sr. D. Hernando pedía permiso para entrar.

Trinidad contestó que su salud no le permitía recibirlo, y que sería otra vez. Dos días obtuvo el viejo la misma respuesta. La tercera noche D. Hernando, sin hacerse anunciar, abrió la mampara y se presentó en el aposento de Trinidad.

—Me tenía inquieto el estado de tu salud, Trinidad, y esta noche me decidí á verte.

Trinidad no respondió una sílaba, y sólo Doña Guadalupe aproximó una silla para que se sentara el recién llegado.

—Aunque algo pálida, veo que estás respuesta, y así te hablaré de un asunto que te importa.

—¿De Arturo?—interrumpió la muchacha alborozada.

—No se trata de Arturo, repuso Juárez frunciendo el ceño, sino de otra cosa más seria. El rey, que Dios guarde muchos años, me ha enviado el título de marqués de la Casa Encarnada.

—Mucho me alegro, contestó Trinidad secamente.

—Y ese título lo quiero poner á tu disposición, y que seas dueña de él.

—Gracias, Sr. D. Hernando, gracias. Y ya que tan generoso sois, le dijo Trinidad, no os ruego más sino que traigais á Arturo al lado de su familia; ó de lo contrario, nos obligaréis á que vayamos á buscarle.

D. Hernando sonrió amargamente, porque el nombre de Arturo en boca de la muchacha le causaba una sensación terrible de cólera; mas disimulando su emoción, prosiguió con voz tan dulce como le fué posible:

—Es menester que Arturo haga su suerte y que labre su carrera. Cuando haya dado pruebas de su juicio en el empleo que el rey le ha concedido, entonces será promovido á otro.

—Entonces os daré de veras las gracias, Sr. D. Hernando.

—Bien; déjame proseguir, Trinidad. Decía yo que mi voluntad es hacerte dueña de mis títulos y de mis inmensas riquezas. ¿Aceptas?

—No os entiendo, señor.

—Me explicaré más claro. Deseo que seas mi esposa....

—¿En qué pensáis, por Dios, señor caballero? Yo pobre, huérfana, que vive de la caridad de vuestro hermano, ¿ser esposa de un marqués, de un noble como vos? No penséis en eso: dejadnos en nuestro retiro y obscuridad, y no pretendáis....

—No os entiendo, Trinidad.

—Entonces, si mi madre me dá permiso, os hablaré con franqueza. Yo no sé precisamente lo que es el matrimonio, ni los deberes que contrae una mujer. Sabéis, señor, que me case con vuestro hermano porque era nuestro bienhechor, y porque agonizando me decía el infeliz, que necesitaba para salvarse el que yo fuera su esposa. En cuanto á vos, siento que no podré vivir á vuestra lado contenta; que no os obedeceré con gusto, y que lloraré noche y día al verme separada de mi madre y de Arturo.

—Cualquiera diría que hablas con una criatura de tu edad, replicó D. Hernando con voz bronca, y que no estabas delante de tu madre. ¿Por qué habéis educado tan mal á esta niña? ¿Por qué no reprendéis esa audacia y altanería con que habla?

Trinidad miró con rabia al viejo, y luego se puso pálida como la muerte. La madre, que vió el efecto que había causado en su hija la reprimenda, se apresuró á responder.

—Trinidad jamás ha mentido, y puesto que le habéis preguntado sobre un asunto tan delicado, os ha contestado la verdad, y os ha dicho lo que siente su corazón.

Hace días, señor, que yo también quería hablaros francamente. Desde que pisásteis mi casa, la paz y la tranquilidad han

desaparecido. Ese tono de autoridad que tomáis, ese dominio que queréis tener, atacan enteramente nuestra libertad y nuestro modo de vivir. Así, con tiempo cortaremos este mal. Volvednos á Arturo, y os firmaremos un papel, renunciando en vuestro favor el legado de treinta mil pesos, y concluido esto, quedaremos tan absolutamente extraños el uno para el otro, como si jamás nos hubiéramos visto. ¿Aceptáis?

—Lo que os digo es, que todos vosotros sois plebeyos, replicó Juárez casi ahogándose de la cólera, y no conocéis la gratitud. ¿Por quién habéis vivido con abundancia, si no es por mi hermano?

—Por eso repito, contestó Doña Guadalupe colérica, que renuncio el legado, y que no quiero sufrir más á un hombre tan altanero como vos.

—Os engaáis, señora mía. Estáis absolutamente en mi poder, y jamás, jamás, haréis otra cosa sino lo que yo quiera.

Vos, Trinidad, seréis mi mujer dentro de dos días.

—¿Yo, señor marqués? Os engaáis. Cuando el sacerdote me pregunte si os quiero por esposo, le diré que NO.

—¿Es un desafío el que me proponéis, niña? Lo acepto, y te repito, que dentro de dos días serás mi mujer. En cuanto á vos, señora, calmad ese genio violento, ó tendréis mucho de que arrepentiros.